

CINCO TESIS INCOMPROBABLES SOBRE *AL PIE DEL SILLÓN*¹

Sobre Pablo Bigliardi. *Al pie del sillón*. Buenos Aires: Baldíos en la lengua, 2019, 155 pp.

Cristian Wachi Molina

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades
Universidad Nacional de Rosario
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

I

Abro el libro de Pablo y leo su dedicatoria de hace dos años. Antes de ese tiempo, quizá, éramos desconocidxs. A los pocos meses, o en medio de esa firma, pasé a participar de la primera presentación de este mismo libro con una perfo y un cuento fantasma sobre tinturas, en medio de la clientela de la peluquería y amigxs. El vértigo, quizá, en la aceleración de los acontecimientos dichosos y extraños define la experiencia Bigliardi.

Y estar al pie del sillón, tal vez, sea participar de los días tranquilos que menciona en esa dedicatoria que, ahora, cifra nuestras vidas. Advierto, de todos modos, la dificultad para conciliar aceleración con tranquilidad desde el lugar común en que se suele asociar a esta última con la paz de los cementerios. No es esa tranquilidad. Es la de la oxigenación de la cabeza. Nunca mejor dicho. Oxigenación por el corte de pelo, pero

¹ Este texto es producto de la presentación del libro realizada finalmente en Casa Arijón, en el contexto de la pospandemia, en 2022.

también por la charla y por el pasaje por las novedades de libros que suelen rodear la peluquería.

Y aceleración en la construcción fresca y divertida en que la escritura avanza en el libro al pie de un sillón que es, además, giratorio. Te eleva y te baja, al mismo tiempo, de acuerdo a las artes del peluquero que la ejecuta. Y en esos movimientos verticales y horizontales, nos metemos en una serie de relatos que son y no son cuentos y que son y no son novela. Algo similar ocurrió con los orígenes del cuento. Como señala Jaime Rest, antes de la modernidad y la cosificación del cuento en una estructura fija y breve, esa pieza pasó por diferentes nombres, como el *fabliaux* medieval o la *short story* inglesa. Pero fueron los cuentos entrelazados por un relato marco, como los del *Decamerón*, de Boccaccio, o los de Chaucer, o los de Margarita de Navarra en el Renacimiento, los que funcionaron como piezas anfibia, porque congregaban una colección de historias, al tiempo que saltaban a un registro novelístico mayor, similar al libro anónimo *Las mil y una noches*, de donde tomaron la forma para las literaturas occidentales.

Si algo de eso ocurre con *Al pie del sillón*, se debe a la potente voz narrativa que recobra e inventa una vida para narrar desde la perspectiva de un peluquero un montón de historias. Es dicha voz la que articula los relatos y desarma esa dicotomía tan molesta entre cuento/novela que Borges se encargó de fijar en la tradición argentina, a partir de su apuesta por el cuento y de su imposibilidad de escribir una novela. Claro que en Argentina, otro escritor, Horacio Quiroga, quizá por la notable proximidad con Guy de Maupassant, había hecho lo suyo ya, en libros como *Los desterrados* o *Más allá*, donde los personajes, sometidos a la atmósfera infernal de la selva misionera, se iban cruzando de cuento en cuento, narrando la totalidad de la vida comunitaria en ese espacio. Sólo que en *Al pie del sillón*, suena el estertóreo de las series contemporáneas y la forma del libro

podría pensarse, entonces, como la escritura de una serie que no se ve, sino que se lee y cada cuento sería la emisión de un capítulo de la serie de Daniel Bigliar.

II

Cabe otra posibilidad más. Ni serie, ni cuento, ni novela, sino autoficción. Es decir, el pasaje de una historia biográfica al plano de la ficción, donde todo cobra una ambigüedad que funciona como pacto de lectura. La voz de Daniel Bigliar sería, en parte, la voz de Pablo Bigliardi. Aunque sería en parte, porque la ficción avanzaría, dejando en un borde inexpresivo o dudoso, la profusión de coincidencias entre la vida de uno y otro como restos de lo real, de la potencia de lo vital. Entonces, no sabríamos si el libro es o no la historia de Pablo o simplemente la de un personaje inventado.

Lo notable, además, es que el apellido de Pablo se recorta en Bigliar. *The Big Liar* es, por un lado, una novela en la que Pablo trabaja actualmente. Y en este sentido, el libro es un eslabón en el derrotero de una escritura que no cesa. Pero *liar* en inglés es mentira; es decir, la del gran mentiroso. Lo cual nos pone frente a la paradoja del mentiroso. Si le creemos al apellido –como Lacanianos que creen que los nombres condenan- estamos ante la confesión narrativa de alguien que dice ser un gran mentiroso y, por ende, ¿está mintiendo o diciendo la verdad si dice que miente? Puesto que si Bigliar (di) está mintiendo, entonces, no podemos creer en absoluto en que eso que enuncia sea tal, debería ser la verdad: es decir; miento, luego existo. Por ende, no habría mentira. Pero si dice la verdad, el mentiroso, al mismo tiempo miente, pero sin mentir. Esa paradoja, en parte, nos mete en el libro y nos atrae como moscas. Creemos que algo de verdad, un mínimo

potentísimo de verdad está en el libro, pero también estamos seguros de que hay mucha mentira allí, mucha invención deliberada; y viceversa. Por ende, estamos en el registro de una autoficción contada desde la paradoja del mentiroso que mintiendo no miente.

III

Otra posibilidad sería descartar todas estas opciones. Y leer Al pie del sillón dentro de esos modos contemporáneos que Josefina Ludmer pensó como literaturas posautónomas. Es decir, formas de escribir que escapan a la definición cerrada de la literatura, hasta expandirla en otra inflexión fuera de los universos completamente cerrados y autosuficientes. Al contrario, asegura Ludmer, estas escrituras fabrican realidad porque pueblan la imaginación pública.

Y entonces, Pablo Daniel Bigliar propondría una ficción que fabrica la realidad y la interviene, a partir de personajes que son y no son realidad, que están en un orden de ambivalencia en torno de una referencialidad que sin embargo, es no siendo del todo. La Chola y su escatología, El Club de los sábados, Manuel, Juan Carlos, Wormar y lxs enigmáticos pasan a formar la realidad desde la ficción, luego de ser fabricados cuidadosamente desde y en la imaginación pública de la peluquería *Cuidamos tu cabello* en la literatura argentina.

IV

La otra tesis incomprable es que, así como el final cierra convocando a Marcel Proust, la invención de Daniel sea

homóloga a la del niño Marcel con la que arranca *À la recherche du temps perdus*, de Proust. Y todo se trate de recobrar el pasado para hacerlo tocar el presente y el futuro y, por ende, para que viva sin morir, siempre en potencia de ser inventado. De hecho, el libro, en su conjunto, traza la trayectoria vital de un peluquero, con sus luchas, pero no se mete de lleno en el presente, no todo lo que debería, si no que la potencia del pasado lo arrasa, como en Saavedra, el espacio rosarino final del libro, una vez que se ha convertido en escritor.

Gilles Deleuze indica a propósito de *À la recherche*, que esta es la historia de un devenir escritor, y no solo una escritura de la memoria. En *Al pie del sillón*, el peluquero se metamorfosea en escritor, se nombra como tal en varias oportunidades y la peluquería se desdobra en una biblioteca también para diversificar la oferta exclusiva de revistas del espectáculo para sus clientas. Avanza hacia el futuro que es nuestro presente: la transformación de la peluquería en un espacio cultural, centro de reuniones con escritores e intelectuales, con corte de cabello gratuito, en que Bigliardi ha convertido su trabajo. Es un momento previo el narrado, es un pasado que se acerca demasiado al presente porque sigue viviendo en él.

De hecho, todo el libro une el oficio de escritor con el de peluquero. Cada imagen de técnicas capilares puede ser leída como una poética. Por ejemplo, la de no seguir los consejos de los profesionales de la peluquería, buscando una singularidad en el oficio. O la de la guerra de los peluqueros como una guerra análoga a la de los escritores. O la de lxs clientxs como análogas de lectores a las que se pone en distancia, pero también se lxs seduce para mantenerlxs al pie del sillón. Por ende, el libro del peluquero Bigliar, como la novela de Proust, puede leerse como el modo en que las tijeras se convierten en teclado, el peluquero en escritor y la peluquería en un centro cultural.

V

Finalmente, podríamos afirmar que cada una de estas tesis es tan posible como imposible de comprobarse. Igual que el humor que permea todo el libro y es contrarrestado por una ternura melancólica que emerge en la partida de las clientes, por muerte, por pérdida de contacto, por enojos, o por ataques cleptómanos, las tesis sobre el libro pueden sostenerse bajo la condición de no pensarlas opuestas si no complementarias, pero al mismo tiempo, reducidas y, por lo tanto, susceptibles de modificarse y multiplicarse siempre.

Y esa es también la tranquilidad que oxigena el cerebro, que está en la dedicatoria del libro. Porque cuando uno empieza a leerlo, hipnotizado por la voz de ese personaje que por momentos nos hace reír, en otros nos enoja, en otros nos seduce, en otros nos da pena, llega a un estado de conmoción interior porque ha tocado, ha vivido, otra vida. La de un tipo que, como hijo de la violencia paternal, huye velozmente de todo espacio de contención, en busca de otros padres, pero también de madres, amigas, grandes cuñadas y fantasmas eróticos irrealizables, y que aprende a escribir como corta el pelo, dejando los mechones de unas vidas y otras en el suelo, para juntarlas, todas, luego, con la escoba del mismo libro.